



Tácticas y objetivos estratégicos de la posición rusa con respecto a la independencia de Kosovo

*Pavel Felgenhauer **

Tema: Este ARI analiza la evolución de la posición rusa con respecto a Kosovo desde que se desintegrase la antigua República de Yugoslavia hasta el bombardeo de Serbia por parte de la OTAN, así como las consecuencias de un Estado kosovar independiente conforme al Plan Ahtisaari.

Resumen: Desde la presentación en febrero del Plan Ahtisaari para Kosovo, el rechazo mostrado por Moscú no ha hecho sino aumentar, al igual que el de Belgrado. Rusia se sintió frustrada y humillada por el bombardeo de Yugoslavia que llevó a cabo la OTAN en 1999 y por su posterior pérdida de influencia en los Balcanes. Ahora el Kremlin se ha visto justificado. Kosovo puede llegar a convertirse en un “conflicto congelado”, sin una lucha abierta pero sin que pueda alcanzarse una solución política aceptable para todas las partes. La mayoría de los serbios aprecian el apoyo de Rusia; la cohesión occidental se ha visto dañada, mientras que el poder de veto de Rusia en la ONU y su posición a nivel internacional se han visto reforzados. Sin necesidad de comprometer tropas ni invertir dinero, Rusia ha obtenido muchos beneficios de poner trabas a Occidente, y no parecen existir motivos para dar marcha atrás en su posición. Los dos principales objetivos de la Presidencia de Vladimir Putin han sido reforzar el Estado ruso y debilitar el separatismo regional, y el “precedente kosovar” resultaría muy peligroso para ambos.

Análisis:

Introducción

Rusia ha apoyado tradicionalmente a los serbios por ser hermanos eslavos y cristianos ortodoxos. Los dirigentes de la Rusia Imperial utilizaron a las comunidades ortodoxas del Imperio Otomano como quinta columna interna en sus guerras contra los turcos. La Rusia Imperial esperaba poder valerse de su influencia sobre las comunidades cristianas de Turquía para, en un momento dado, hacerse con una parte sustancial del Imperio Otomano y con su objetivo máspreciado, los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, para lograr así el libre acceso al Mediterráneo desde el Mar Negro.

Tras el derrumbamiento del Pacto de Varsovia y la Unión Soviética en 1991, las tropas rusas se retiraron de la mitad oriental de Europa invadida en 1945. La influencia de Moscú fue disminuyendo dentro de las fronteras de la antigua Unión Soviética a medida que se iban retirando las tropas de Transcaucasia y las Repúblicas Bálticas y en Asia Central, Ucrania, Bielorrusia y Moldavia la mayor parte de las unidades juraban lealtad a los nuevos regímenes independientes. En aquel momento, las guerras en la antigua Yugoslavia parecían brindar a Rusia la oportunidad de ampliar su presencia política y militar en un área de tradicional influencia, con los tradicionales pretextos del paneslavismo y la panortodoxia. También en esa misma época, el dictador serbio

* *Analista de defensa y columnista de Novaya-Gazeta, Moscú*

Slobodan Milosevic y sus homólogos en las entidades autoproclamadas independientes de Croacia y Bosnia volvían la mirada hacia Rusia en busca de apoyo.

Los serbios y Milosevic necesitaban a Rusia en sus intentos de encontrar formas de plantar cara al aislamiento y la reprobación internacionales. A su vez, Moscú veía a su alcance una opción relativamente fácil de restablecer cierta apariencia de influencia internacional en un momento en que los conflictos políticos y económicos internos de la década de los noventa y los bochornosos y costosos errores militares en Chechenia estaban minando su credibilidad. Así, a mediados de la década de los noventa se desplegaron en Croacia y Bosnia, como agentes de mantenimiento de paz, un par de miles de paracaidistas rusos. Posteriormente, Moscú se opuso al bombardeo de posiciones serbias en Bosnia en 1995, pero su oposición no llegó a provocar un enfrentamiento importante con las potencias occidentales y Rusia terminó ayudando a negociar el acuerdo de paz negociado que se firmó en Dayton (Ohio) y que puso fin a la guerra en Bosnia-Herzegovina.

La oposición rusa al bombardeo de Yugoslavia por parte de la OTAN: el aumento y la posterior disminución de la influencia rusa en los Balcanes

La campaña de bombardeos aéreos que la OTAN llevó a cabo en 1999 con el objetivo de poner fin a la persecución serbia de la mayoría albanesa en Kosovo abrió una grave brecha que aún actualmente sigue ensombreciendo las relaciones Este-Oeste. Cuando comenzaron los ataques aéreos de la OTAN liderados por EEUU, en marzo de 1999, la reacción de la opinión pública rusa fue violentamente antioccidental y antiamericana. Rusia detuvo sus programas de cooperación con la OTAN y los representantes rusos recurrieron a una dura retórica al estilo de la guerra fría. Por ejemplo, Igor Ivanov, ministro de Asuntos Exteriores de Rusia, declaró: “Por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, se ha producido una agresión contra un Estado soberano de Europa. Nunca desde 1945 ha experimentado Europa tan de cerca una situación tan penosa. Sean cuales sean los motivos esgrimidos por los estrategas estadounidenses para justificar sus acciones, sus verdaderos objetivos son claros: imponer una dictadura política, económica y militar estadounidense y una especie de mundo unipolar en que el destino de las gentes se decida en Washington”. Ivanov también señaló que los ataques aéreos ponían de manifiesto la “naturaleza agresiva” de la OTAN, a pesar de los esfuerzos occidentales por presentarla como una organización post-guerra fría. El embajador ruso ante la ONU, Sergei Lavrov, declaró que el intento de basar la motivación de los ataques aéreos de la OTAN contra Yugoslavia en el deseo de impedir una catástrofe humanitaria en Kosovo “carecía de validez alguna” y que “cualquier intento de aplicar un enfoque diferente del Derecho internacional y de hacer caso omiso de sus normas y principios básicos sientan un peligroso precedente que podría causar una grave desestabilización y un agudo caos a nivel regional y mundial”. De esta forma, Lavrov introdujo el argumento vigente de Rusia de que Kosovo podría sentar un precedente que extendería la inestabilidad y la secesión a otras regiones (ITAR-Tass/Interfax, 25/III/1999).

A medida que fue desarrollándose la campaña aérea de la OTAN en 1999, fue acelerándose también la retórica antioccidental. El 3 de abril de 1999, el ex presidente soviético Mijail Gorbachov reconoció en el programa *Larry King Live* de la CNN que “la posición del Consejo de Seguridad de la ONU se estaba viendo minada y Rusia estaba siendo humillada”. Gorbachov opinó que la intervención militar impulsaría la carrera armamentística y, un mes más tarde, admitió la posibilidad de una nueva guerra fría, “e incluso, quizá, una guerra caliente” (Reuters, 27/V/1999). El presidente Boris Yeltsin dijo que Rusia podría ir a la guerra si Occidente intentaba liberar la provincia serbia de Kosovo y predijo una posible “guerra europea y, quizá, una guerra mundial”. El portavoz de la Duma Estatal rusa, Gennady Seleznyov, anunció que Yeltsin había ordenado a las fuerzas de misiles estratégicos de Rusia redirigir sus armas nucleares hacia los países de la OTAN que habían participado en los ataques a Yugoslavia (ITAR-Tass, 9/IV/1999). Para reforzar esta perspectiva tan lúgubre, las agencias rusas de noticias informaron de que una escuadra de la Flota del Mar Negro compuesta por siete buques, incluidas fragatas equipadas con misiles y fragatas antisubmarino, partiría hacia el Mediterráneo a principios de abril de ese año (Interfax/ITAR-Tass, 31/III/1999). Los sondeos de opinión mostraron además que el 98% de los rusos estaba en contra de la operación militar de la OTAN en Yugoslavia, mientras que un 73% consideraba que esa

operación suponía una amenaza directa para la seguridad de Rusia. Con respecto al objetivo último de la campaña de la OTAN, la mayoría de los entrevistados consideraban como primera opción que lo que la OTAN buscaba era demostrar su poder, pero su segunda opción era que la OTAN estaba tratando de asumir el control de los Balcanes para avanzar hacia la frontera y atacar a Rusia.

A pesar de todo, la acción de Rusia demostró ser mucho más débil que su retórica. La flota prometida nunca llegó a enviarse al Mediterráneo; en la práctica, sólo se terminó enviando un buque –no armado– de inteligencia. La declaración de Seleznyov sobre las armas nucleares fue rápidamente negada por el Ministerio del Interior y el Kremlin, y el primer viceprimer ministro, Yuri Maslyukov (a cargo del complejo militar-industrial durante el Gobierno de Primakov en 1999) reconoció que era absolutamente imposible e innecesario suministrar armas y ayuda militar a Yugoslavia. En 1999, a Rusia le hacía mucha falta la ayuda financiera de Occidente tras el colapso financiero sufrido en agosto de 1998, por lo que el Kremlin terminó ayudando a Occidente a presionar a Milosevic para que rectificara su actitud y retirara sus fuerzas de Kosovo, permitiendo regresar a la población albanesa que había sido expulsada a la fuerza. En un intento de preservar su autonomía en las operaciones posteriores al conflicto en Kosovo, Moscú decidió desplegar una amplia fuerza rusa de mantenimiento de paz de entre 5.000 y 10.000 efectivos dentro de su propio sector de responsabilidad. Para lograr una presencia autónoma fuera de la estructura de mando de la OTAN, en junio de 1999 Rusia se apresuró a trasladar a Kosovo 200 paracaidistas desde Bosnia para ocupar el aeropuerto de Pristina, con la idea de utilizar su pista de aterrizaje para transportar por aire más tropas rusas de refuerzo. Sin embargo, Hungría y Rumania lo impidieron, al negarse a permitir que aviones militares de transporte rusos sobrevolaran su espacio aéreo. La apuesta de Rusia con el aeropuerto de Pristina estuvo a punto de provocar un enfrentamiento directo entre su pequeña fuerza representativa, poco armada, y un contingente mucho mayor y fuertemente armado de la OTAN. Finalmente, Moscú decidió rectificar también en este caso y finalmente sólo se desplegaron en Kosovo 3.600 paracaidistas rusos como agentes de mantenimiento de la paz, que se distribuyeron entre varios sectores distintos. A diferencia de Italia, Francia, Alemania, el Reino Unido y EEUU, Rusia no obtuvo su propio sector de responsabilidad en Kosovo, ya que se consideraba que ello podría conducir a la partición de la provincia.

Gorbachov tenía razón. Rusia y sus elites gobernantes se sintieron frustradas y humilladas, y la acción de la OTAN contra Yugoslavia fue percibida por muchos como un aterrador presagio de lo que le sucedería a Rusia si la OTAN seguía expandiéndose de esa forma tan agresiva. La sensación de haber sido humillados en Kosovo creció en Rusia, y Moscú aún no la ha olvidado. Vladimir Putin presenció todo ese proceso cuando aún estaba a cargo de la organización sucesora de la KGB (el FSB, o *Federalnaya Sluzhba Besopasnosti*) y era secretario del Consejo de Seguridad ruso. Posteriormente fue nombrado primer ministro por Yeltsin, en agosto de 1999, y en 2000 fue elegido presidente de Rusia. Putin llegó al poder con un fuerte deseo de restaurar el poder político, económico y militar de Rusia. Ese deseo inicial quedó realizado tras el hundimiento del submarino nuclear *Kursk* en aguas del Mar de Barents, cuando Putin declaró ante la nación, en una entrevista concedida a RTR (la cadena estatal de televisión rusa), el 24 de agosto de 2000: “Superaremos esta situación y lo restauraremos todo: el ejército, la armada y el Estado”.

En 2000, Milosevic fue derrocado mediante una revuelta popular, algo que tuvo muy mala acogida en Moscú. Seleznyov, portavoz de la Duma, calificó aquella revuelta de “golpe”. La Duma se negó a felicitar al nuevo dirigente yugoslavo, Vojislav Kostunica, y Moscú siguió apoyando a Milosevic aun mientras era juzgado por el Tribunal Penal Internacional, y hasta su muerte en marzo de 2006 estando todavía en prisión en La Haya, y concedió asilo a su familia. Los líderes de la Serbia posterior a Milosevic parecían estar fundamentalmente interesados en poner fin al aislamiento internacional de su nación y, en última instancia, conseguir ingresar en la UE. El Kremlin decidió que no tenía ningún sentido seguir manteniendo una costosa presencia militar de mantenimiento de la paz en la antigua Yugoslavia, por lo que, en 2003, los efectivos rusos de mantenimiento de paz fueron retirados de Kosovo, y de los Balcanes en general. De nuevo, como ya había sucedido en los siglos XIX y XX, la influencia de Rusia en los Balcanes demostraba ser mayor en tiempos de conflicto que en tiempos de paz. Desde un punto de vista geopolítico, Rusia no puede ayudar ni a

Serbia ni a ninguna otra nación de los Balcanes a ingresar en la UE o en la OTAN. Y tampoco puede acelerar la modernización o el progreso económico de esos países, ni ayudar a sus poblaciones a conseguir libertad de desplazamiento y trabajo en Europa. Al contrario, cualquier vínculo más estrecho con Rusia podría llegar a interpretarse como un camino hacia un mayor aislamiento, dado que la propia Rusia se está convirtiendo en una dictadura autocrática y autoaislada. De esta forma, Rusia sólo puede cobrar influencia en casos de conflicto, suministrando armas y gas natural u ofreciendo asilo a fugitivos políticos o militares, fundamentalmente empleando su poder de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU en favor de Serbia.

Una ocasión de volver a la escena: el Plan Ahtisaari para Kosovo

En febrero de 2007, el mediador de la ONU sobre el futuro estatuto de Kosovo, el ex presidente de Finlandia Martti Ahtisaari, presentó un plan de solución definitiva en Kosovo que preveía una independencia *de facto* de la provincia bajo supervisión internacional. El plan también garantizaba escaños en el Parlamento kosovar a las minorías serbias y a otras minorías y la protección de las iglesias, los monasterios y otros lugares serbios de carácter religioso o cultural en la provincia, considerados por los serbios cuna de su cultura y su categoría de Estado. Las autoridades serbias de Belgrado rechazaron el plan porque, aunque están dispuestas a conceder a Kosovo amplia autonomía, nunca permitirán una secesión de la provincia. Moscú respaldó plenamente la postura serbia. Durante la Conferencia de Seguridad celebrada en Munich en febrero, Putin declaró: “Sólo los kosovares y los serbios pueden decidir el futuro de Kosovo. No juguemos a ser Dios e intentemos resolver sus problemas”. Desde entonces, Rusia está tratando de que se llegue a un acuerdo que satisfaga a las dos partes del conflicto. El primer vicepresidente ruso, Sergei Ivanov, dio a entender que aceptar el Plan Ahtisaari podría provocar una reacción en cadena y abrir la caja de Pandora: “Todo depende de cómo enfoquemos el principio de integridad territorial. Podemos enfocarlo desde el punto de vista de la actual situación política, o como un principio inviolable. Supongamos, hipotéticamente, que se concediera a Kosovo la independencia. Las gentes de otras regiones a quienes no se les reconozca esa independencia pensarán que por qué a ellos no”. Esa posibilidad ha generado una gran preocupación en Moscú, cuyos funcionarios han manifestado reiteradamente que si se reconoce la soberanía de Kosovo, la comunidad internacional tendría también que reconocer la independencia de las regiones separatistas de Abjasia y Osetia del Sur en Georgia, Transdnistria en Moldavia y Nagorno-Karabaj en Azerbaiyán (RIA-Novosti, 9/II/2007).

En un principio se pensó que, con toda probabilidad, la aparentemente inflexible postura de Rusia con respecto a Kosovo terminaría en algún tipo de solución de compromiso. En febrero de 2007, Reuters citó a un diplomático occidental, que no reveló su nombre, afirmando que “al final, los rusos aceptarán una solución de compromiso que les ofrezca algún tipo de compensación” y que el precio último que debería pagarse para que Rusia aceptara el plan para Kosovo podría incluir acuerdos con respecto a Irán o Corea del Norte, dos cuestiones en las que Moscú está tratando de oponer resistencia a los intentos, liderados por EEUU, de imponer sanciones más duras. La advertencia del Kremlin de que conceder la independencia a Kosovo sentaría un peligroso precedente, animando a los separatistas de toda Europa a presionar para que se reconozcan sus propias reivindicaciones de soberanía, y de que Moscú podría valerse de la autonomía de Kosovo para presionar en favor de la independencia de los separatistas de las antiguas repúblicas soviéticas (los denominados “conflictos congelados”) de Georgia y Moldavia, apoyadas por el Kremlin, se interpretó como un farol. El ministro alemán de Asuntos Exteriores, Frank-Walter Steinmeier, resumió la posición occidental con respecto a ese argumento subrayando en nombre de la comunidad internacional que “... Kosovo no puede convertirse en un modelo aplicable a los conflictos en Georgia” (Reuters, 20/II/2007).

Es cierto que los regímenes separatistas de Abjasia, Osetia del Sur, Transdnistria y Nagorno-Karabaj estarían más que dispuestos a emplear ese denominado “precedente kosovar” para obtener un reconocimiento oficial de su independencia por parte de Moscú y, finalmente, la comunidad internacional. Durante una rueda de prensa conjunta celebrada en Moscú (agencia de noticias Interfax, 4/VI/2007), los líderes de Abjasia y Osetia del Sur, Sergei Bagapsh y Eduard Kokoiti,

hicieron un llamamiento a la ONU, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, el Consejo de Europa y el Consejo de Jefes de Estado de la Comunidad de Estados Independientes para que reconocieran sus naciones como Estados, de conformidad con el principio de autodeterminación. Bagapsh y Kokoiti reconocieron que representantes albanokosovares habían estado participando como observadores en las actividades de la Comunidad por la Democracia y los Derechos de los Pueblos, un grupo formado en 2006 por Transdnistria, Karabaj, Abjasia y Osetia del Sur para promover el reconocimiento internacional de esas “repúblicas no reconocidas” y entablar vínculos entre ellas. Bagapsh y Kokoiti revelaron que representantes de Kosovo habían estado estudiando la posibilidad de unirse a la Comunidad. Los líderes de Abjasia y Osetia del Sur no descartaban que Kosovo pudiera unirse, pero al mismo tiempo insistieron en que sus reivindicaciones de autodeterminación eran más poderosas que las de Kosovo y que no dependían de un posible “precedente kosovar”, si bien un “precedente” podría reforzarlas.

Los regímenes de Abjasia, Osetia del Sur y Transdnistria reciben apoyo económico, político y militar de Moscú; la propia Comunidad por la Democracia y los Derechos de los Pueblos se creó bajo los auspicios de la Administración presidencial de Putin (*Eurasia Daily Monitor*, www.jamestown.org, 7/VI/2007). Esto podría explicar, en parte, la especulación existente en torno a la posibilidad de una posible “solución de compromiso” basada en una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU en que se reconozca la independencia *de facto* de Kosovo a cambio de la aprobación tácita por parte de Occidente de que Abjasia, Osetia del Sur y Transdnistria también se “independicen” y posteriormente pasen a convertirse en miembros *de facto* de la Federación de Rusia (*Nezavisimaya Gazeta-Dipkurier*, febrero de 2007). Es posible que algunos dentro del Kremlin hayan considerado semejante solución de compromiso, pero esa posibilidad no se ha plasmado en política oficial y, en cualquier caso, Occidente no parece estar dispuesto a aceptar, o siquiera debatir seriamente, semejante acuerdo.

Desde la presentación en febrero del Plan Ahtisaari para Kosovo, el rechazo mostrado por Moscú no ha hecho sino aumentar, al igual que el de Belgrado. Ni el propio Ahtisaari, ni las seis potencias del Grupo de Contacto para Kosovo (EEUU, Rusia, el Reino Unido, Francia, Italia y Alemania) ni la “troika” compuesta por EEUU, Alemania y Rusia en 2007 han conseguido avanzar hacia la consecución de un acuerdo en las negociaciones con serbios y albaneses sobre el futuro estatuto de Kosovo. Los intentos de elaborar una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU relativa a Kosovo aceptable para todas las partes no prosperaron por la amenaza rusa de hacer uso de su poder de veto. En julio de 2007, las naciones occidentales abandonaron sus intentos de presentar una nueva resolución de la ONU, dada la oposición de Rusia. La “troika” tiene hasta el 10 de diciembre para tratar de alcanzar una solución de compromiso para Belgrado y Pristina y presentar un informe sobre el estatuto definitivo de Kosovo al Secretario General de la ONU, Ban Ki-moon, aunque vistas las cosas su misión parece estar condenada al fracaso.

El ministro alemán de Asuntos Exteriores declaró en julio que cualquier intento unilateral por parte de Kosovo o EEUU de declarar o reconocer la independencia de Kosovo sin una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU dividiría a la UE y que, sin una resolución de la ONU, la UE no podría proceder con su plan de reemplazar a la ONU como autoridad política en Kosovo como parte de su independencia supervisada (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 5 y 6/VII/2007). Por su parte, Lavrov, actual ministro de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, está empleando para describir el problema de Kosovo una retórica más o menos igual de dura que la que empleó en 1999, cuando era embajador ante la ONU. Lavrov ha criticado a las potencias occidentales por insistir en la inevitabilidad de la independencia de Kosovo, ya que ello no hace sino aumentar la intransigencia kosovar. En declaraciones a periodistas en Nueva York, Lavrov subrayó que la solución al problema de Kosovo debía basarse exclusivamente en el Derecho internacional y que cualquier resolución del Consejo de Seguridad relativa a Kosovo debía estar supeditada a un acuerdo mutuo previo entre serbios y albanokosovares (RIA-Novosti, 25/IX/2007). Lavrov sigue insistiendo en que las negociaciones entre Belgrado y Pristina deben mantenerse el tiempo que haga falta hasta alcanzar un acuerdo, y que sólo después de que se haya alcanzado ese acuerdo permitirá Rusia que se apruebe una nueva resolución del Consejo de Seguridad. El aparente éxito

de la intransigente postura de Moscú con respecto al Plan Ahtisaari es considerado en Moscú un importante logro de política exterior, por lo que no parece existir ningún incentivo para modificarla.

Rusia ya ha tratado de debilitar la solidaridad transatlántica en torno a la cuestión de Kosovo. Los intentos de distanciar a EEUU de sus aliados europeos fue un objetivo largamente acariciado por Moscú durante la guerra fría y sigue siéndolo hoy en día. Dado que la UE parece estar dividida con respecto a esta cuestión, Moscú prefiere tratar con las naciones europeas de forma unilateral, lo cual es más fácil que negociar con Bruselas cuando los Estados miembros de la Unión presentan un frente unido. El Kremlin se ha resarcido, al menos en parte, de la humillación que supuso la campaña aérea llevada a cabo por la OTAN en 1999 y su posterior pérdida de influencia en los Balcanes. La mayoría de los serbios aprecian enormemente el apoyo de Rusia y Putin es más popular en Serbia hoy en día que cualquier otro político de la zona (*Kommersant*, 21/IX/2007). Sin necesidad de comprometer tropas sobre el terreno ni invertir sumas considerables de dinero, Rusia ha obtenido muchos beneficios de oponerse al Plan Ahtisaari y plantar cara a Occidente en la ONU en relación con la cuestión de Kosovo.

La división en torno a esta cuestión forma parte del actual empeoramiento general de las relaciones entre Rusia y Occidente por los planes estadounidenses de desplegar un escudo antimisiles en Polonia y la República Checa, las diferencias existentes en torno a la cuestión de Irán, la decisión de Moscú de abandonar el Tratado sobre Fuerzas Convencionales en Europa (FCE) y otras cuestiones contenciosas que han llevado en la actualidad a una situación que recuerda a la de la Guerra Fría. Pero la cuestión de Kosovo es también, en gran medida, un caso aparte. Desde que asumiera la Presidencia de Rusia en 2000, los dos principales objetivos de Putin han sido reforzar el Estado ruso y debilitar el separatismo regional. El Kremlin y la elite rusa siguen considerando muy real la amenaza de una posible desintegración de Rusia (comparable al desmembramiento de la Unión Soviética en 1991). Putin ha venido subrayando que el “precedente kosovar” podría envalentonar a los demás movimientos secesionistas de Europa, la antigua URSS y otras regiones que reclaman su independencia. Ese mismo “precedente kosovar” podría aplicarse a la propia Rusia. Una parte importante de la opinión pública y la elite rusa consideran actualmente a Occidente una fuerza amenazante que planea desmembrar Rusia y desposeerla de sus recursos. El Kremlin cree firmemente que respaldando el derecho de Serbia a vetar la secesión de Kosovo y amenazando con emplear su poder de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU, Rusia está defendiendo su derecho incontestable a mantener su integridad territorial por todos los medios posibles.

Conclusiones: Los denominados “conflictos congelados” de Moldavia, Georgia y Azerbaiyán han permitido a Moscú mantener su influencia en regiones donde económica y políticamente ha perdido considerable influencia desde el colapso de la URSS. Para los regímenes separatistas de Abjasia, Osetia del Sur y Transdnistria, Moscú es un protector que los mantiene a flote. Al mismo tiempo, Moscú se vale de esos “conflictos congelados” para ejercer presión sobre las autoridades en Tbilisi y Kishinev. Las misiones rusas de mantenimiento de paz en las regiones donde se sitúan dichos conflictos se parecen, básicamente, al despliegue de fuerzas de mantenimiento de paz sirias en Líbano hasta 2005. Su objetivo es permanecer allí el mayor tiempo posible, valerse de su presencia para ejercer una influencia encubierta, llenar los bolsillos de los mandos de su ejército y marcharse sólo cuando se le eche. Ciertamente, Rusia no apoya directamente el autoproclamado Estado de Nagorno-Karabaj, pero que ese conflicto siga sin resolverse garantiza que Armenia siga siendo un obediente Estado cliente.

El que Kosovo llegara a convertirse en otro “conflicto congelado” más, sin claros enfrentamientos pero sin una solución política permanente, beneficiaría a Moscú. Unas interminables negociaciones bajo supervisión internacional en busca de una solución inexistente que concilie plenamente las aspiraciones albanokosovares de independencia con el rechazo total por parte de Serbia de semejante idea mantendrían la influencia de Rusia en los Balcanes, evitando al mismo tiempo que Serbia ingresara en la UE y otras instituciones occidentales. La cohesión occidental y los vínculos

transatlánticos se verán sometidos a presiones mientras crece el poder de veto de Rusia en la ONU y mejora su posición a nivel internacional. Los grandes negocios rusos vinculados al Kremlin estarán en mejor situación de adquirir activos serbios privatizados y los comerciantes de armas rusos dispondrán de la oportunidad de suministrar nuevas armas a los serbios, al amenazar ciertos funcionarios en Belgrado con reducir las relaciones diplomáticas con las naciones que reconozcan la independencia de Kosovo y hablarse incluso de un posible uso de la fuerza para “preservar la integridad territorial de Serbia” (*Kommersant*, 7/IX/2007). Su inflexible postura con respecto a la independencia de Kosovo ha situado a Rusia en una posición tan ventajosa, en la que tiene todas las de ganar, que resulta improbable que vaya a modificarla en un futuro próximo.

Y por último, pero no por ello menos importante, apoyando a Belgrado con respecto a la cuestión de Kosovo, el Kremlin está fundamentalmente plantando cara a los intentos occidentales de someter a Rusia y posiblemente forzar su desintegración. El Kremlin y la elite rusa consideran actualmente una posibilidad real la amenaza de una desintegración de la Federación de Rusia a manos de elementos separatistas internos asistidos por EEUU y otras potencias occidentales. Moscú ha venido subrayando que el “precedente kosovar” podría envalentonar a los demás movimientos secesionistas de Europa, la antigua URSS y otras regiones que reclaman su independencia. Ese mismo “precedente kosovar” podría aplicarse también a la propia Rusia. La amenaza planteada por Occidente, tal como la ve gran parte de la élite rusa hoy en día, es de naturaleza múltiple: EEUU planea desplegar defensas de misiles en Polonia y la República Checa, aumentan las críticas a la supresión de la democracia y la libertad de expresión por parte del Kremlin y la OTAN se expande hacia el Este. El inflexible apoyo del Kremlin al derecho de Serbia a vetar la independencia de Kosovo se deriva en gran parte de la creencia política y social de que Rusia está defendiendo así su propio derecho incontestable a mantener su integridad territorial y evitando la “injerencia humanitaria” de Occidente en sus asuntos internos.

Pavel Felgenhauer
Analista de defensa y columnista de Novaya-Gazeta, Moscú